

Algunos apuntes sobre la dimensión política del proceso de investigación

Presentación

El estudio que estamos desarrollando consiste en el análisis de los sentidos y prácticas en torno a la salud que construyen dos organizaciones sociales de base territorial: el Frente Popular Darío Santillán en el barrio Villa Arguello y Barrios de Pie en el barrio El Carmen (ambos de Berisso), en el período 2010-2012.

Los interrogantes que guían el estudio apuntan a conocer los sentidos que le asignan a dichas prácticas los integrantes de las organizaciones, considerando las resignificaciones, impugnaciones o reproducciones de los sentidos dominantes sobre la salud y el modo en que los proyectos sociales y políticos de las organizaciones se plasman en sus prácticas.

En este trabajo, tomaremos como antecedente y como punto de partida un trabajo anterior (Cardozo, 2012) en el que reflexionamos sobre las decisiones tomadas en la etapa inicial del estudio en lo que atañe a la participación y posicionamiento del investigador en el campo, y sobre la perspectiva comunicacional en la construcción de las preguntas de investigación.

La política y lo político

Para comenzar esta lectura/reflexión sobre el carácter político del proceso de investigación que estamos desarrollando, nos parece importante recuperar las distinciones entre la política y lo político, como así también entre lo político y lo social sedimentado, para luego dar cuenta de qué manera estos aspectos se presentan en nuestro estudio.

La distinción entre lo político y la política empieza a pensarse a partir de los trabajos de Carl Schmitt y Hannah Arendt¹, en los que se recupera el carácter contingente del orden social y la necesidad de pensar el momento de institución de ese orden (Retamozo, 2009). Adentrándose en esta distinción, Mouffe (2007) sostiene que *la política* se refiere al nivel óntico -a las prácticas e instituciones de la política convencional-, mientras que *lo político* refiere al nivel ontológico -al modo en que se instituye la sociedad, al espacio de conflicto, poder y antagonismo-.

En este mismo sentido, para Laclau (1990), *lo político* comprende el momento originario en el que se sutura la indeterminación de lo social en un orden hegemónico, que es la sociedad. Cuando un acto de institución ha sido exitoso, tiende a producirse un olvido de los orígenes y de la contingencia, y el sistema de posibilidades alternativas se desvanece. Es precisamente sobre ese olvido de la contingencia originaria donde funciona *la política* como administración de lo instituido (Laclau, 1990). Por ello podemos decir que *lo político* está vinculado al momento de lo instituyente y *la política* está relacionada con la administración de lo instituido, y que la función de institución que lo político tiene sobre lo social, es lo que le da su primacía sobre lo social.

A su vez, *lo político* es un tipo de relacionamiento que puede desarrollarse en cualquier espacio –dentro o fuera del terreno institucional de la política–. Es decir, que incluye pero desborda el terreno de la política, no tiene un objetivo o actores particulares, ni necesita tener su propio apoyo institucional (Arditi, 1995). Entonces, podemos afirmar que no hay política sin *lo político*, pues la regulación del orden necesita de un desorden que ordenar, de antagonismos que intentar gobernar, pero *lo político* existe sin *la política*, puesto que lo político puede existir dentro y fuera de la política (Ema López, 2007).

Cuando recuperamos esta distinción entre la política y lo político no debemos dar por sentado que todo es político. Podemos decir que *todo es politizable* (Arditi, 1995). Aquí nos resulta de utilidad reconocer la tensión entre lo social-naturalizado y lo político, puesto que la frontera entre lo que, en determinado momento y contexto, es social-naturalizado y lo que es político se desplaza constantemente. Por ello, en un contexto y momento dado podemos encontrarnos con un conjunto de prácticas sociales sedimentadas –pertenecientes a lo social-naturalizado– que no son controvertidas, su realización no es discutida y en su reiteración sostienen un orden social determinado.

¹ “El concepto de lo político” (1932) y “¿Qué es la política?”(1993), respectivamente.

Por otra parte, nos encontramos con otras prácticas -englobadas en lo político- que están sujetas a controversia, forman parte de antagonismos y, en general, permiten mostrar que lo social naturalizado es el resultado de relaciones de poder (Ema López, 2007).

Ahora bien, al momento de pensar el carácter político de nuestra investigación, ¿qué aspectos tomamos en cuenta? Aquí, creemos que se impone como necesaria la reflexión sobre las características de nuestro objeto, con su complejidad y dinamismo; la perspectiva de abordaje y análisis; y las instancias de intercambio y/o transferencia realizadas a lo largo del estudio.

Objeto y perspectiva

Como señalamos, nuestro objeto son las prácticas y sentidos en torno a la salud que construyen dos organizaciones sociales. La primera propuesta de trabajo contemplaba un relevamiento exploratorio de las organizaciones que desarrollaran acciones sobre temáticas de salud en barrios de la zona de La Franja de Berisso. A partir de las sucesivas aproximaciones al campo, la propuesta inicial se fue modificando y afinando, hasta decidir profundizar en aquellas organizaciones que tienen mayor presencia y están realizando un trabajo sostenido y planificado en los barrios.

Los criterios de selección de estas organizaciones fueron, por un lado la *continuidad* en el tiempo de las actividades de salud, y por otro, la *heterogeneidad* en las propuestas políticas, que hacía suponer que los objetivos y tipo de actividades eran disímiles. Otro criterio, no menos importante, fue la *accesibilidad*, es decir, la predisposición de los integrantes de las organizaciones a participar en el estudio.

Estas dos organizaciones presentan características similares en lo que respecta a su conformación, puesto que se fueron gestando a fines de la década del 90 en el contexto de movilización social, como movimientos de desocupados de alcance nacional. Pero luego, al calor de las coyunturas políticas y sociales, fueron ampliando sus actividades, objetivos y proyecciones, arraigándose en los territorios –en barrios pobres de todo el país–, reforzando la dimensión política de sus prácticas e integrando a diversos sectores. Estas organizaciones se diferencian claramente en sus proyectos político-ideológicos, la construcción social a la que apuntan, el modo de lograr sus objetivos y el tipo de

actividades que proponen. A su vez, ambas han sabido modificar sus estrategias, demandas y estructuras en función de las distintas relaciones de fuerza que fueron construyendo con otros grupos sociales y con el Estado, aunque con ritmos disímiles.

Es importante señalar que nuestro estudio está constantemente atravesado por la complejidad y dinamismo propio de nuestros referentes empíricos. La continuidad, el tipo y la frecuencia de las acciones desarrolladas por las organizaciones depende de muchos factores, entre los que podemos mencionar las coyunturas y circunstancias políticas, la necesidad de cubrir necesidades urgentes, la desigual participación de los sujetos según el tipo de reclamo y/o actividad, los cambios de las tareas que desempeñan los referentes según los momentos, etc.

Sin embargo, la construcción de nuestro objeto -y la selección de los grupos con los que trabajaríamos- no fue casual, sino que se constituyó a partir de dos procesos de trabajo desarrollados previamente (la realización de la tesis de licenciatura y las actividades de extensión universitaria), poniendo en juego nuestros intereses personales, los recorridos iniciados en la formación de grado, las experiencias previas y la postura política en torno al “para qué” de la producción de conocimiento.

Del mismo modo, el tipo de aproximación metodológica que utilizamos estuvo vinculado con el objeto de estudio, y con las posibilidades que nos brinda para obtener la información que necesitamos para responder a los interrogantes planteados.

En nuestro trabajo utilizamos una perspectiva de abordaje metodológico cualitativo/interpretativo, en tanto aproximación que habilita un acceso privilegiado a los sentidos que los sujetos construyen y asignan a sus prácticas. Siguiendo a Sabino (1992), entendemos que la aproximación cualitativa obliga a controlar y hacer consciente la propia subjetividad, a evaluar las respuestas con detenimiento, y a incorporar conocimientos previos a la necesaria y compleja tarea de interpretación.

Dentro de la perspectiva de abordaje cualitativa, tomamos elementos de la etnografía – entendida como enfoque y como método (Guber, 2001)– puesto que nos permitieron conocer las prácticas de los sujetos en contextos cotidianos, a partir de una estadía prolongada en el campo, la observación directa en el momento en que transcurren los hechos y la interacción con esos *otros* cuyas prácticas queremos conocer. En este sentido, decidimos presenciar todas las actividades de las organizaciones en los barrios seleccionados y, en la medida en que los integrantes lo fueron permitiendo, las reuniones de planificación de actividades y evaluación.

Asimismo, la experiencia de campo nos condujo a construir las categorías de análisis en diálogo con los significados locales, y a ir ajustándolas a medida que transcurrieron las interacciones y observaciones de las prácticas (Rockwell, 2009). Así, fuimos ajustando los conceptos básicos, propuestos al comienzo del estudio como encuadre para comprender las prácticas, en diálogo con la información empírica. De la misma manera, creemos que las interacciones, reflexiones y aprendizajes producidos durante el trabajo de campo generaron interpelaciones en todos los sujetos participantes, incluidas las nuestras como analistas sociales.

Asimismo, la naturaleza de nuestro universo empírico, la perspectiva de abordaje utilizada y el intercambio constante con los referentes de las organizaciones en el acompañamiento de sus actividades, nos condujo a establecer acuerdos en cuanto a las formas e instancias de devolución del trabajo de registro y análisis. Estos acuerdos consistieron en compartir los registros de campo de las reuniones y actividades realizadas por las organizaciones, devoluciones de los datos construidos en el análisis, elaboración de materiales comunicacionales, búsqueda de información sobre diferentes temáticas y colaboración en la planificación y coordinación de talleres. Estas tareas que asumimos se fueron imponiendo como necesarias y aportaron no sólo al trabajo de las organizaciones sino también al proceso de producción de conocimiento. Éstas apuntaron a constituirse como un insumo que incentivara en los integrantes de las organizaciones, la reflexión crítica sobre los procesos que estaban llevando a cabo, el ejercicio de repensar sus prácticas y el desarrollo –en la medida en que lo vean como necesario– de procesos de transformación-

Algunas discusiones conceptuales sobre el posicionamiento del investigador

La figura y el rol del investigador/intelectual en los procesos de producción y socialización de conocimientos han generado varios debates en las últimas décadas. El considerar al intelectual como un científico, pensador o artista que, además de haberse destacado en su labor específica, toma posición en algún hecho de interés público (De Diego, 2012), nos permite utilizar indistintamente los términos intelectual e investigador.

Para dar cuenta de estos debates, nos parece oportuno partir de la figura del intelectual intérprete propuesto por Bauman² (2005). El intérprete -propio de la posmodernidad- deja de lado los criterios de universalidad y verdad, orientándose a comprender los conocimientos creados en una determinada comunidad y comunicarlo al resto de la sociedad. Sin embargo, el autor menciona que los modos modernos y posmodernos de producir conocimiento están interrelacionados, puesto que los intérpretes siguen manteniendo cierta “autoridad meta profesional”.

En este marco, se han realizado muchas investigaciones basadas en estudios de caso que se centran en las experiencias de los distintos actores, privilegiando sus voces. Sin embargo, no debemos olvidar que estas experiencias son parte de procesos históricos, sociales y políticos más amplios y a su vez, debemos tomar recaudos para no convertirnos en meros traductores de las mismas. Si nos centramos exclusivamente en los relatos de los sujetos, olvidando los factores contextuales y socio-históricos corremos el riesgo de encasillarnos en la *perspectiva del actor*. No estamos diciendo aquí que la perspectiva del actor no sea una propuesta metodológica válida y útil, sino que debemos ser cuidadosos de no centrarnos solamente en los relatos de los sujetos sobre sus prácticas, sin incorporar las voces de los otros sujetos implicados y sin tener en cuenta los procesos y estructuras sociales en la que están insertos.

En nuestro caso, nos basamos en los relatos de los sujetos –principalmente integrantes de las organizaciones– sobre sus propias acciones en torno a la salud en los contextos locales seleccionados. En algunos momentos nos ha costado desprendernos de esos relatos de experiencias y de la idealización de determinadas situaciones. Por ello, es importante señalar que las voces de los sujetos son interpretaciones situadas según sus contextos de vida e interpretarlas con nuestras herramientas teóricas y conocimientos derivados de experiencias anteriores, en el marco de los procesos estructurales en los que están insertos.

Asumiendo que el intelectual ya no es el portador de valores universales y de verdad, resulta apropiado retomar la figura del *intelectual específico* propuesto por Foucault (1997). Éste ocupa una posición específica, en función de su posición de clase, condiciones de vida y de trabajo, y desarrolla su actividad mediante intervenciones en problemas concretos, como un especialista que presta su conocimiento específico para contribuir a una causa. En esta figura está presente la idea de transformación, que es lo

² Bauman ha distinguido entre el intelectual legislativo y el intérprete. El *legislativo*, más ligado a la modernidad, privilegia criterios de universalidad, compromiso y verdad.

que nos interesa remarcar. Esta idea de transformación se relaciona con la necesidad de que el conocimiento producido en las investigaciones apunte a la reflexión, problematización y modificación de situaciones opresivas e injustas que están naturalizadas en el orden social.

Debemos ser conscientes de que como investigadores ocupamos determinadas posiciones con respecto a los sujetos de estudio y a nuestros colegas en el ámbito académico. En este sentido, remarcamos la importancia de *objetivar al sujeto objetivante* (Bourdieu, 2007) que consiste en ubicar al investigador en una posición determinada y analizar las relaciones que mantiene con la realidad que analiza y los sujetos cuyas prácticas son objeto de indagación, y por otra parte, las que lo unen y lo enfrentan con sus pares y las instituciones comprometidas en el juego científico.

Asimismo, podemos observar que algunos investigadores están tan vinculados a los grupos que estudian, que terminan formando parte de ellos. Svampa (2010) utiliza la figura del *investigador militante* para referirse a ellos³. Advierte que suelen convertirse en militantes a tiempo completo y este involucramiento dificulta, en muchos casos, la reflexión crítica, obturando una producción de conocimiento que vaya más allá de la visión de los actores.

Esta figura puede equipararse a la del investigador rebelde mencionada por Varsavsky (1969), a quien se le presenta el dilema de seguir funcionando como engranajes del sistema o abandonar su oficio y dedicarse a preparar el cambio social como cualquier militante político. El autor prevé para el científico rebelde la posibilidad de usar la ciencia para ayudar al cambio del sistema, señalando que debe estudiar con seriedad y usando las herramientas de la ciencia, los problemas del cambio de sistema social, en todas sus etapas y aspectos, teóricos y prácticos. A esto lo define como *ciencia politizada*.

En contraposición a lo planteado hasta el momento, aparece la figura del intelectual *irónico* (Rorty, 1998) que no queremos dejar de mencionar. Esta figura también deja atrás al intelectual moderno, y se identifica con la capacidad de reírse de sí mismo, pero permanece centrado en el ámbito privado, alejándose de todo compromiso político de transformación. Esta figura refuerza las distancias entre el mundo académico y las problemáticas sociales, puesto que el intelectual está inmerso en su esfera privada y desecha toda posibilidad de intervención y transformación. Muchos investigadores se

³ En este sentido puede rescatarse la figura del intelectual organico propuesta por Gramsci.

encierran en sus estudios, permaneciendo alejados de los distintos actores sociales y elaborando sus escritos sólo para ser presentados ante sus colegas del ámbito académico o en revistas científicas. Asimismo, en algunos casos se resguardan los estudios como si fueran tesoros, por lo cual se evita compartirlos con otros colegas hasta que estén finalizados, lo que genera que el conocimiento no se enriquezca con los aportes que otros puedan hacer. Sin embargo, esto va de la mano con los criterios de producción del sistema científico actual. Varsavsky (1969) anticipaba en la década del 60 que la elaboración de papers es lo que le permite al investigador mantenerse y tener movilidad dentro del grupo de los científicos, y que la cantidad que pueda producir es tanto o más importante que su contenido.

Es importante que los conocimientos que producimos sean construidos en diálogo con los actores involucrados, aunque fundamentado en los encuadres teóricos adecuados, y compartido, apropiado y resignificado por el resto de los actores sociales. De esta manera, Sousa Santos (2005) propone el concepto de *conocimiento pluriuniversitario*, que es un conocimiento contextual –porque valora la aplicación que se le puede dar–, y transdisciplinar –porque obliga a un diálogo o confrontación con otros tipos de conocimiento–. La sociedad deja de ser un objeto de las interpelaciones de la ciencia, para ser ella misma sujeto de interpelaciones a la ciencia.

Hacia una figura integradora

De Diego (2012) plantea que el investigador tiene una “doble dependencia”, que contempla, por un lado, a las reglas impuestas por cada disciplina, en lo que refiere a su objeto de estudio, a los métodos de aproximación a ese objeto, la ética de sus contribuciones, la validación y las alternativas de difusión del conocimiento producido; y por otro, la responsabilidad moral de que el conocimiento producido represente algún beneficio, a corto, mediano o largo plazo, para la sociedad. El autor señala que esa doble dependencia genera problemas de conciencia, éticos y políticos, y de diferentes grados de responsabilidad pública, ubicando en un extremo al investigador “puro”, encerrado en su laboratorio y absolutamente ajeno a la dinámica social que lo rodea; y en el otro, al investigador al servicio del pueblo, siendo precario el equilibrio entre ambos.

Aquí, a modo de síntesis entre las figuras de intelectuales mencionadas, nos interesa rescatar la figura del *investigador anfibio* propuesta por Svampa (2010), que intenta integrar/comunicar el mundo académico y el militante. La autora señala que no es una figura fácil, puesto que intenta ser reconocido y tener legitimidad en los dos mundos, pero encuentra cuestionamientos en ambos. En el campo académico, es cuestionado por aquellos que fomentan la figura del experto o del intelectual despolitizado, y en el campo de las organizaciones sociales por aquellos que piensan en un modelo más orgánico de intelectual.

Pero el intelectual anfibio, señala Svampa, mantiene su especificidad sin renunciar por eso al compromiso político, puesto que uno de sus mayores desafíos es no renunciar a la multipertenencia, y pensar creativamente en las articulaciones de estos dos mundos. A su vez, debe convertirse en puente con el mundo de la política partidaria y con los medios de comunicación para poder mostrar aquello que fue invisibilizado y silenciado.

Consideramos que esta última figura de intelectual puede sintetizar dos cuestiones importantes: por una parte, la producción de conocimiento contextualizado y transdisciplinar que apunte a la transformación, y por otra, contribuir a la reflexividad de los sujetos o grupos con los que estamos trabajando.

En este sentido, nos interesa destacar la intención y capacidad de este intelectual para articular los saberes del mundo académico con los saberes, problemáticas y necesidades de los diferentes sectores sociales, apuntando a la reflexión y a generar proyectos de transformación. Su tarea es la búsqueda constante del equilibrio entre ambos mundos, sin olvidar los diversos matices y tensiones que presenta.

La selección de los grupos con los que trabajamos no es un dato menor, puesto que trabajar con organizaciones sociales implica una doble tarea. Por un lado, cumplir con los requerimientos institucionales del ámbito académico, que implica respetar los tiempos y las formas para la entrega de trabajos, asistir a los espacios de cursada, sistematizar la información obtenida, realizar informes y artículos, y presentaciones a congresos y eventos. Y por otro, realizar un prolongado y comprometido trabajo de campo, que implica establecer y mantener el vínculo con los informantes, seguir el ritmo de trabajo de las organizaciones, colaborar en la planificación y coordinación de las actividades como parte de las actividades de campo, hacer devoluciones de lo observado y analizado, entre otras tareas.

Bibliografía

Arditi, Benjamin, "Rastreado lo político", en *Revista de Estudios Políticos*, N° 87, Madrid, enero-marzo, pp. 333-351, 1995.

Bauman, Zigmund, *Legisladores e Interpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Buenos Aires, UNQUI, 2005

Bourdieu, Pierre, (1980) *El Sentido Práctico*. Buenos Aires. Siglo XXI. 2007.

Cardozo, Mariela, "Decisiones metodológicas tomadas durante el proceso de investigación", en Echeverría, María de la Paz y Vestfrid, Pamela (Coordinadoras) *Aprender a investigar: Recorridos iniciales en comunicación*, La Plata, EPC, 2012.

De Diego, José Luis, "El investigador, entre la ciencia y la sociedad" <<http://secyt.presi.unlp.edu.ar/Wordpress/?p=889>> En línea. Consultado el 1 de julio de 2013

De Sousa Santos, Boaventura, *La universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipadora de la universidad*. Buenos Aires, Miño y Dávila, 2005.

Ema López, José Enrique, "Lo político, la política y el acontecimiento", en Foro interno: anuario de teoría política, Núm. 7, pp. 51-76, 2007

Foucault, Michael, *Microfísica del poder*. Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1979.

Laclau, Ernesto, *Nuevas Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1990.

Mouffe, Chantal, *En torno a lo político*. Buenos Aires, FCE, 2007.

Retamozo, Martín, "Lo político y la política: los sujetos políticos, conformación y disputa por el orden social", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. LI, núm. 206, mayo-agosto, pp. 69-91. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.

Rockwell, Elsie, *La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires. Paidós. 2009.

Rorty, Richard, *Pragmatismo y política*, Barcelona, Paidós, 1998.

Sabino, Carlos, *El proceso de investigación*. Caracas. Panapo. 1992.

Svampa, Maristela, *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*. Argentina, Siglo XXI editores, 2009.

Svampa, Maristela “El intelectual tiene que molestar”.
<<http://maristellavampa.net/blog/?p=133>> en línea. Consultado 15 de marzo de 2011.

Varsavsky, Oscar, *Ciencia, política y cientificismo*. Buenos Aires, CEAL, 1969.